

permitía estar independiente de Birón. En aquel momento Dumouriez acababa de rechazar los prusianos hasta el Rhin; Kéllermann se hallaba hacia Tréveris, y Custine debía entonces bajar por el Rhin hasta Coblenza, reunirse á dicho general, y hacerse así dueño de la orilla del río. Todas las razones se reunían en favor de este plan: los habitantes de Coblenza llamaban á Custine, así como también los de Saint-Goard y de Rhinfels, y no se sabe hasta dónde hubiera podido llegar siguiendo el curso del Rhin; tal vez le hubiera sido dado llegar hasta Holanda. Sin embargo, llamábanle igualmente al interior de Alemania otros patriotas, pues creyóse, al verle avanzar tan atrevidamente, que contaba con un ejército de cien mil hombres. Atravesar el territorio enemigo por más allá del Rhin fué el plan que sedujo sobre todo la imaginación y la vanidad de Custine, y corrió á Francfort á exigir impuestos y ejercer otras vejaciones impolíticas. Una vez allí, rodeáronle de nuevo las peticiones y algunos locos le instaron á que fuera á Cassel, situado en medio de la Hesse electoral, á fin de apoderarse del tesoro del elector. Los más sabios consejos del gobierno francés le invitaban á volver sobre el Rhin y á marchar hácia Coblenza; pero sin escuchar nada, soñaba sólo en una revolución en Alemania.

Sin embargo, Custine comprendía el peligro de su situación: viendo que si el elector rompía la neutralidad quedaría amenazada la retaguardia de su ejército por Manheim, hubiera querido apoderarse de esta plaza, que le ofrecían; mas no se atrevió á ello. Expuesto á ser atacado en Francfort, donde no podía sostenerse, no quería abandonar esta ciudad, para volver á la línea del Rhin, por no abandonar sus pretendidas conquistas y no intervenir en las operaciones de los otros jefes al bajar hacia Coblenza. En tal situación, fué sorprendido por los prusianos, perdió á Francfort, vióse rechazado á Maguncia, vaciló sobre si conservar ó no esta plaza, puso en ella alguna artillería tomada en Estrasburgo, dió muy tarde la orden de abastecerse, sorprendieronle otra vez los prusianos en medio de sus incertidumbres, alejóse de Maguncia, y poseído de terror, creyendo que le perseguían ciento cincuenta mil hombres, retiróse á la alta Alsacia, casi bajo los cañones de Estrasburgo. Situado en el alto Rhin con un ejército bastante respetable, hubiera podido marchar sobre Maguncia y sorprender á los sitiadores entre dos fuegos; pero no osó hacerlo así; por fin, avergonzado de su inacción, empeñó un desgraciado ataque el 15 de mayo, fué batido, y reunióse á su pesar con el ejército del Norte, donde acabó de perderse por sus opiniones moderadas y por un consejo muy prudente, cual era el de reorganizar el ejército en el campamento de César en vez de hacerle pelear inútilmente para socorrer á Valenciennes.

Tal fué la carrera de Custine; había cometido en ella muchas faltas, pero ninguna traición. Comenzóse su proceso, y para declarar se llamó á varios representantes comisionados, á los agentes del poder ejecutivo, enemigos tenaces de los generales, á oficiales descontentos, individuos de los clubs de Estrasburgo, de Maguncia y de Cambrai, y por último al terrible Vincent, el tirano de las oficinas de guerra en tiempo de Bouchotte. Érase una multitud de acusadores, que acumulaban cargos injustos y contradictorios, censuras extrañas á una verdadera crítica militar, pero fundadas en desgracias acci-

dentales de que el general no era culpable y que no se le podían imputar.

Custine respondía con cierta vehemencia militar á todas estas acusaciones; pero veíase abrumado. Varios jacobinos de Estrasburgo le decían que no había querido aprovecharse de los desfiladeros de Porentruy cuando Lúckner le dió la orden; y en vano demostraba que era imposible. Un alemán le echó en cara no haber tomado á Manheim, que le fué ofrecido: Custine se excusaba alegando la neutralidad del elector y las dificultades del proyecto. Los habitantes de Coblenza, de Rhinfels, de Darmstadt, de Hanau y de todas las ciudades que habían querido entregarse á él, y que no consintió en ocupar, le acusaban á la vez. En cuanto á la negativa de marchar sobre Coblenza, defendióse mal, y calumniaba á Kéllermann, diciendo que había rehusado secundarle; y por lo que hace á no haber consentido en tomar las otras plazas, decía con razón que todos los alemanes le llamaban, y que para satisfacer sus deseos le hubiera sido necesario ocupar cien leguas del país.

Por una contradicción singular, mientras se le vituperaba por no haber tomado tal ciudad, ó hecho contribuir á tal otra, hacíasele un cargo por haber tomado á Francfort, saqueando á los habitantes, no haber adoptado las precauciones necesarias para resistir á los prusianos, y haber expuesto á la guarnición francesa á una matanza. El valeroso Merlín de Thionville, uno de los que deponían contra él, le justificó sobre este punto con tanta lealtad como razón. Aunque hubiese dejado veinte mil hombres en Francfort, decía Merlín, no hubiera podido sostenerse; debió retirarse á Maguncia, y su único error era no haberlo hecho bastante pronto. Pero en Maguncia, añadían otros muchos testigos, no había hecho ninguno de los preparativos necesarios; no reunió víveres ni municiones, ni hizo más que amontonar la artillería, de que despojó á Estrasburgo, para entregarla después á los prusianos con veinte mil hombres de guarnición y dos diputados. Custine probaba que dió las órdenes para los abastecimientos; que la artillería era apenas insuficiente, y que no se acumuló inútilmente para entregarla al enemigo. Merlín apoyaba todos los asertos de Custine; pero lo que no le perdonaba era su pusilánime retirada, y su inacción en el alto Rhin mientras que la guarnición de Maguncia hacía prodigios: para esto no encontraba Custine contestación. Hacíanle un cargo además por haber quemado los almacenes de Spira al retirarse, reconvencción absurda, porque una vez indispensable la retirada, mejor era incendiar aquellos que dejarlos para el enemigo.

Acusábasele después de haber mandado fusilar algunos voluntarios en Spira por cuestión del saqueo, á lo cual contestó que la Convención había aprobado su conducta. Acrimináronle asimismo por haber dejado libres á los prusianos, exponiendo voluntariamente su ejército á ser batido el 15 de mayo; por haber acudido demasiado tarde á encargarse del mando en el Norte; por haber tratado de sacar la artillería de Lila á fin de conducirla al campamento de César; por haber impedido que se auxiliase á Valenciennes, y no haber opuesto obstáculo al desembarco de los ingleses. Todas estas acusaciones eran á cual más absurdas. «Por último, le decían, habéis compadecido á Luis XVI; estuvisteis triste el 31 de mayo; tratasteis de ahorcar al doctor

Hoffmann, presidente de los jacobinos en Maguncia; habéis prohibido la circulación del diario *El Padre Duchesne* y el de la Montaña en vuestro ejército; dijisteis que Marat y Robespierre eran perturbadores, y os habéis rodeado de oficiales aristócratas, sin que jamás se hayan visto en vuestra mesa buenos republicanos.» Estos cargos eran mortales, y los verdaderos por los cuales se perseguía á Custine.

El proceso se continuó con lentitud, pues las imputaciones eran tan confusas, que el tribunal vacilaba. La hija de Custine y muchas personas que se interesaban por él habían dado algunos pasos, porque en aquella época, y aunque el temor fuese ya muy grande, osábase aún manifestar algún interés por las víctimas. Entonces denunciaron á los jacobinos al mismo tribunal revolucionario. «Me es muy doloroso, dijo Hebert ante aquellos, tener que denunciar una autoridad que era la esperanza de los patriotas, que mereció desde luego su confianza, y que muy pronto se convertirá en su azote. El tribunal revolucionario está á punto de absolver á un malvado, en cuyo favor empeñan á todo el mundo las mujeres más bonitas de París. La hija de Custine, tan hábil comedianta en esta ciudad como lo era su padre á la cabeza de los ejércitos, ve á todo el mundo y todo lo promete para obtener su gracia.» Robespierre denunció por su parte el espíritu de doblez y la afición á las formalidades que se había desarrollado en el tribunal, y sostuvo que sólo por haber querido dejar á Lila sin guarnición merecía Custine la muerte.

Vincent, uno de los testigos, había vaciado las carpetas del ministerio para recoger las cartas y órdenes atribuidas á Custine, y que seguramente no constituían crimen alguno. Fouquier-Tinville dedujo de ellas un paralelo entre Dumouriez y Custine, que acabó de perder al desgraciado general. Dumouriez, dijo, había avanzado rápidamente por Bélgica, para abandonarla después con igual prontitud, entregando al enemigo soldados, almacenes y representantes. Del mismo modo, Custine adelantó rápidamente por Alemania, abandonando nuestros soldados en Francfort y Maguncia, y había querido entregar con esta última ciudad veinte mil hombres, dos representantes y toda nuestra artillería, sacada malignamente de Estrasburgo. Así como Dumouriez, renegaba de la Convención y de los jacobinos y mandaba fusilar á los intrépidos voluntarios bajo el pretexto de mantener la disciplina. Ante este paralelo, el tribunal no vaciló más; Custine justificó durante dos horas sus operaciones militares, y Tronsón-Ducoudray defendió su conducta administrativa y civil; pero todo fué inútil. El tribunal declaró al general culpable, con gran alegría de los jacobinos y de los franciscanos, que llenaban la sala y dieron ruidosas muestras de su satisfacción. Sin em-

bargo, Custine no había sido condenado por unanimidad: en las tres preguntas se contaron sucesivamente contra él diez, nueve y ocho votos por once; pero como el presidente le preguntara si tenía algo que añadir, miró á su alrededor, y no viendo á sus defensores, contestó: «Ya no tengo quien me defienda; muero tranquilo é inocente.»

Al otro día por la mañana fué ejecutado. Este guerrero, que se distinguió por su gran bravura, quedó sorprendido á la vista del cadalso; pero arrodillándose al pie de la escalera, rezó una breve oración, tranquilizóse y recibió la muerte con valor. Así acabó aquel desgraciado general, que no carecía de talento ni de carácter, aunque reunía á la inconsecuencia la presunción, y que cometió tres faltas graves: la primera, salir de su verdadera línea de operaciones, dirigiéndose á Francfort; la segunda, negándose á volver cuando le llamaban; y la tercera, permaneciendo en la más tímida inacción durante el sitio de Maguncia. Sin embargo, ninguna de estas faltas merecía la muerte; pero sufrió el suplicio que no se pudo aplicar á Dumouriez, y que no había merecido, como éste, por grandes y culpables proyectos. Su muerte fué un terrible ejemplo para todos los generales y el estímulo para obedecer ciegamente las órdenes del gobierno revolucionario.

Después de este acto de rigor, las ejecuciones no debían suspenderse ya; renovóse la orden de apresurar el proceso de María Antonieta; el acta de acusación de los girondinos, tantas veces pedida y jamás redactada, fué presentada al fin á la Convención por Saint-Just, que era su autor, y las peticiones de los jacobinos obligaron á la Convención á aprobarla. Dirigiase no sólo contra los veintidós, y los individuos de la comisión de los doce, sino también contra setenta y tres individuos de la derecha, que guardaban un silencio absoluto desde la victoria de la Montaña, y que habían redactado una protesta muy conocida contra los acontecimientos del 31 de mayo y del 2 de junio. Algunos montañeses furiosos querían la acusación, ó sea la muerte, contra los veintidós, los doce y los setenta y tres; pero Robespierre se opuso, proponiendo un término medio, cual era enviar al tribunal revolucionario á los veintidós y á los doce, arrestando á los setenta y tres. Hízose todo lo que quiso, las puertas del salón quedaron al momento tomadas, prendióse á los setenta y tres, y se dió orden á Fouquier-Tinville para que se apoderase de los desgraciados girondinos. De este modo la Convención, cada vez más débil ó más cobarde, se dejó arrancar la orden de conducir al suplicio á una parte de sus colegas. Verdad es que ya no podía diferirlo, porque los jacobinos habían hecho cinco peticiones, á cual más imperiosas, para obtener aquellos últimos decretos de acusación.

## CAPÍTULO XIV

Continuación del sitio de Lyon. — Toma de esta ciudad. — Decreto terrible contra los lioneses insurreccionados. — Progresos del arte de la guerra; influjo de Carnot. — Victoria de Watignies. — Levántase el bloqueo de Maubeuge. — Vuelven á principiar las operaciones en la Vendée. — Victoria de Chollet. — Fuga y dispersión de los vendeanos del otro lado del Loira. — Muerte de la mayor parte de sus principales jefes. — Descalabro en el Rhin. — Pérdida de las líneas de Wisemburgo.

Cada nuevo descalabro despertaba mayor energía revolucionaria, y ésta contribuía á obtener los triunfos, habiendo sucedido siempre así durante esta campaña memorable. Desde la derrota de Neerwinden hasta el mes de agosto, una continua serie de desastres había promovido, al fin, esfuerzos desesperados; el aniquilamiento del federalismo, la defensa de Nantes, la victoria de Hondschoote, y el levantamiento del bloqueo de Dunkerque habían sido el resultado de estos esfuerzos. Nuevos reveses en Menín, en Pirmasens, en los Pirineos, y en Torfou y Corón, en la Vendée, acababan de producir un nuevo impulso de energía, del que debía resultar un éxito decisivo en todos los teatros de la guerra.

De todas las operaciones, el sitio de Lyon era aquella cuyo fin se esperaba con más impaciencia. Hemos dejado á Dubois-Crancé acampado ante esta ciudad con cinco mil hombres de tropas regulares y de siete á ocho mil quintos. Hallábase expuesto á tener muy pronto á sus espaldas á los sardos, á quienes no podría ya contener el reducido ejército de los Grandes Alpes; y como ya hemos dicho, se había situado al Norte, entre el Saona y el Ródano, ante los reductos de la Cruz Roja, en vez de hacerlo en las alturas de Santa Fe y de Fourviers, situadas al Oeste, por las cuales hubiera debido dirigir el verdadero ataque. El motivo de esta preferencia se fundaba en más de una razón: importaba ante todo conservar las comunicaciones con la frontera de los Alpes, donde se hallaba el grueso del ejército republicano, y desde donde los piemonteses podían acudir en auxilio de los lioneses; y en esta posición teníase además la ventaja de ocupar el curso superior de los dos ríos, pudiendo interceptar los víveres que bajaran por el Saona y el Ródano. Verdad es que el Oeste quedaba así libre para los lioneses, y que podrían hacer continuas excursiones hacia Saint-Etienne y Montbrison; pero anunciábase todos los días la llegada de los contingentes de Puy-de-Dome, y una vez reunidos éstos, Dubois-Crancé podía completar el bloqueo por el Oeste, eligiendo entonces el verdadero punto de ataque. Entretanto, contentábase con estrechar al enemigo de cerca, cañonear la Cruz Roja por el Norte, y comenzar sus líneas en el Este, delante del puente de la Guillotiere. El transporte de municiones era difícil y lento; era preciso traerlas de Grenoble, del fuerte Barrault, de Briançon y de Embrún, debiendo recorrer hasta sesenta leguas de montañas. Estos acarreo extraordinarios no

podían efectuarse sino por medio de requisición forzosa, y poniendo en movimiento cinco mil caballos, pues debían conducirse hasta Lyon catorce mil bombas, treinta y cuatro mil balas de cañón, trescientas mil libras de pólvora, ochocientos mil cartuchos y ciento treinta piezas de artillería.

Desde los primeros días de sitio se anunciaba la marcha de los piemonteses, que bajaban por el pequeño San Bernardo y Monte-Cenis. Kéllermann partió al punto, en vista de las reiteradas instancias del departamento del Isere, dejando al general Dumuy para reemplazarle en Lyon, aunque sólo en apariencia, porque Dubois-Crancé, representante y hábil ingeniero, dirigía por sí solo todas las operaciones del sitio. Para acelerar el alistamiento de los quintos de Puy-de-Dome, Dubois-Crancé destacó al general Nicolás con un reducido cuerpo de caballería; pero éste fué cercado en el Forez, quedando en poder de los lioneses. Dubois-Crancé destacó entonces mil hombres de buenas tropas, con el representante Javoques, cuya misión fué más feliz, pues contuvo á los aristócratas de Montbrison y de Saint-Etienne, alistando unos siete ú ocho mil campesinos, que fueron conducidos delante de Lyon. Dubois-Crancé los situó en el puente de Oullins, al Noroeste de Lyon, de manera que entorpeciesen las comunicaciones de la plaza con el Forez. Mandó llamar al diputado Reverchón, que había reunido en Macón algunos miles de quintos, y los colocó en lo alto del Saona, completamente al Norte.

De este modo comenzaba el bloqueo á ser un poco más riguroso, pero las operaciones eran lentas, y los ataques á viva fuerza imposibles; las fortificaciones de la Cruz Roja, entre el Ródano y el Saona, ante las cuales se hallaba el cuerpo principal, no podían ser tomadas por asalto. Por el lado del Este y de la orilla izquierda del Ródano, el puente de Morand estaba defendido por un reducto en forma de herradura, construido hábilmente; en el Oeste, las marcadas alturas de Santa Fe y de Fourviers no podían ser tomadas tampoco sino por un ejército vigoroso, y por el momento no debía pensarse sino en interceptar los víveres, estrechar la ciudad é incendiarla. Desde principios de agosto hasta mediados de septiembre, Dubois-Crancé no pudo hacer otra cosa, y en París se quejaban de su lentitud, sin querer apreciar los motivos. No obstante, había ocasionado ya graves daños á esta desgraciada ciudad: el incendio había devorado la magnífica plaza de Bellecour, el arsenal, el